

doña Juana, su hija menor, con el príncipe don Juan de Portugal; y concluía ponderando el cariño que siempre le habían mostrado sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, y rogando á su hijo las amara y favoreciera cuanto le fuese posible (1). La instrucción estaba fechada en Augsburgo á 19 de enero de 1548.

En este notable documento se ve simultáneamente la multitud de negocios de interés general que bullían en la cabeza de Carlos V, su influjo y participación en los asuntos de todas las naciones, la atención que á todos y á cada uno de ellos prestaba, y la idea que tenía de la capacidad del príncipe su hijo, cuando á la edad de veintiun años le confiaba todos sus pensamientos y sus planes políticos, y le llamaba para encomendarle su continuación y ejecución para el caso en que él falleciese.

Para anunciar su partida en obediencia al llamamiento de su padre, congregó el príncipe don Felipe las cortes de Castilla en Valladolid, cortes á que no asistían ya, como en otro lugar hemos indicado, sino los procuradores de las ciudades, ó sea el estado llano, y que por cierto recibieron con mas disgusto que placer la comunicación del llamamiento del padre y la resolución del hijo, porque Castilla, como observa un antiguo y grave escritor, siempre lleva mal las ausencias de sus príncipes. Con desagrado se vió tambien en Castilla que la casa del príncipe heredero se montara á estilo de Borgoña (15 de agosto), según instrucciones que el duque de Alba había traído del emperador, en lo cual veían los castellanos una desautorización y como menosprecio de las antiguas costumbres á que ellos eran tan apegados.

Como los príncipes Maximiliano y María habían de quedar gobernando el reino durante la ausencia de Felipe, tuvo este que suspender su viaje hasta la venida de Maximiliano á España y la celebración de sus bodas. Dilatóse aquella mas de lo que se había pensado, y tan pronto como llegó se celebró el casamiento en Valladolid (17 de setiembre), desplegando el condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, encargado de estas bodas, una magnificencia que dejó altamente complacido al príncipe alemán. Dió Felipe posesión del gobierno de España á los nuevos consortes sus hermanos, y á las dos semanas partió de Valladolid (1.º de octubre) camino de Flandes, llevando consigo al duque de Alba, su mayordomo mayor, al caballero mayor don Antonio de Toledo, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al duque de Sessa, al conde de Olivares, y á varios otros grandes, gentiles hombres y oficiales de su casa, recién nombrados cuando la puso á la borgoñona. Desde Zaragoza se dirigió al célebre monasterio de Monserrat, á que tenía particular devoción, y donde se detuvo á confesar y comulgar. De allí pasó á Barcelona y Rosas para embarcarse (19 de octubre). Habían sido enviados por el emperador para recibirle y conducirlo el marqués de Pescara, hijo del del Vasto, el príncipe Doria con la armada de Génova, y don Garcia de Toledo con las galeras de Nápoles.

Dióse, pues, á la vela el príncipe Felipe con toda su brillante comitiva. Á pocos soberanos de la tierra les habrán sido consagrados tan suntuosos festejos, tan espléndidos y magníficos regocijos como los que se hicieron al príncipe español en Génova, en Milan, en Mantua, en Trento, en Innsbruck, en todos los pueblos de Italia, de Alemania y de Flandes que atravesó en esta marcha. Príncipes y princesas, embajadores de todos los Estados, corporaciones, personajes, damas y pueblo, todos á porfía festejaban y agasajaban con todo género de fiestas y espectáculos al heredero de Carlos V. Volúmenes enteros se han escrito para describir los obsequios que se tributaron á Felipe en este viaje (2). La ciudad de Milan le hizo primeramente un donativo de veinte mil escudos, y despues otro de cien mil á nombre de todo el Estado. Tambien él por su parte quiso mostrarse espléndido y generoso,

(1) No hemos insertado el documento íntegro por ser demasiado extenso. Sandoval le trae en el lib. XXX de su historia, pero nos parece mas exacto el que se halla en el tomo III de los *Papeles de Estado* del cardenal Granvela, pág. 267 y sig.

(2) Calvete y Estrella, Viaje de Felipe II á Flandes.—Del camino del príncipe don Felipe de España á Flandes en 1548, por Vicente Alvarez.—Leti, Vita di Filippo II, part. prima, lib. IX.

y á la princesa de Ascoli que le había obsequiado con un lujosísimo baile en que las damas milanesas ostentaron todas sus galas, le regaló un diamante de cinco mil ducados, un collar de rubies, perlas y diamantes de valor de tres mil ducados para su hija, y otro diamante de mil quinientos para la duquesa hijastra de aquella princesa. Mas queriendo al propio tiempo mostrarse piadoso y devoto, hizo donaciones á muchas iglesias, y en especial á la de Nuestra Señora de Monferrato le dió en tres veces hasta veinticinco mil escudos, además de quince mil ducados que gastó en ornamentos para el templo.

Cuando llegó á Bruselas, donde ya entonces se hallaba el emperador, el resplandor de las antorchas había desterrado y como suprimido la noche en que hizo su entrada. Esperábase allí sus dos tías las reinas viudas de Hungría y de Francia, las cuales le presentaron á su padre, dando lugar á una tierna y afectuosa escena de familia. Congregados por el emperador los estados de Flandes, todos á propuesta del César se conformaron en reconocer y jurar al príncipe Felipe de España por heredero y sucesor de aquellos Estados y señorios (1549). Las fiestas con que se celebró este solemne acto en Bruselas no fueron menos suntuosas que las que le habían dedicado en su tránsito á aquella ciudad. Llevado fué despues como en triunfo por el emperador y la reina gobernadora de los Países Bajos, su hermana, por casi todas las ciudades de Flandes y Brabante, de Namur y Luxemburgo, recibiendo el homenaje de los que habían de ser sus vasallos, pasando continuamente por debajo de arcos triunfales, y compitiendo cada poblacion en el lujo y la suntuosidad de las fiestas (de julio á octubre de 1549), y aun á su regreso á Bruselas hubieran continuado, si no las hiciera suspender el ataque de gota que molestó otra vez al emperador, y la nueva que llegó de la muerte del papa Paulo III (3).

En medio de esta exterior y al parecer general alegría, observábase siempre una figura grave y severa, que á pesar de su juventud mostraba cierta austeridad sombría que formaba contraste con los regocijos públicos de que era objeto. Esta figura era el príncipe Felipe, que con su carácter tético y adusto, con no hablar el idioma flamenco, con vestir y vivir á la española, y con las preferencias que daba á los trajes y á las costumbres de España, se hizo desagradable á los flamencos, y dió ocasion y origen á aquella antipatia que había de manifestarse despues con funestas demostraciones de aborrecimiento. De modo, que por causas semejantes vino á producir el hijo en los Países Bajos la misma desfavorable impresion que treinta años antes había producido su padre en España.

Permaneció Felipe en Bruselas todo el tiempo que detuvo allí al emperador la falta de salud. En este intermedio él y los caballeros de la corte quisieron solemnizar el quincuagésimo aniversario del nacimiento de su padre, y hubo una fiesta real muy vistosa (24 de febrero, 1550), en que justaron á competencia españoles y flamencos. Por cierto que ensayando Felipe las armas para entrar en la liza, estuvo muy en peligro su vida, porque el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens le dió tan recio golpe de lanza en la cabeza, que le dejó sin sentido. Por fortuna el príncipe volvió pronto en sí, y al ver que no había lesion alguna, salieron todos del cuidado en que tan disgustoso suceso le había puesto. Al fin, cuando el emperador pudo partir á la Dieta de Augsburgo (31 de mayo, 1550), llevó tambien consigo á Felipe, el cual fué poco menos agasajado en Alemania que lo había sido en Italia y en Flandes, bien que tampoco fuera mas favorable la impresion que su carácter despegado hiciera en las ciudades del imperio. Así fué que habiendo Carlos significado en la Dieta su deseo y proyecto de transmitir en herencia á su hijo los Estados imperiales, no obstante el paso avanzado que veinte años hacía había dado, haciendo conferir á su hermano Fernando la dignidad de rey de Romanos, no solo halló oposicion en Fernando á renunciar la sucesion al

(3) Hereus, Annal. Brabant.—Estrella, Viaje de Felipe II.—Leti, Vita.—Sandoval, lib. XXX.—Herrera, en la General del Mundo.—Campana, Vida de id.

## CAPÍTULO XXXII

Felipe regente de España.—Felipe II rey

DE 1551 Á 1557

Córtes de Aragon.—Servicio que votaron.—Apuros de numerario en que se veía siempre Carlos V.—Segundo casamiento de Felipe con María de Inglaterra.—Capítulos matrimoniales.—Disgusto y oposicion del pueblo inglés, y sus causas.—Disturbios y rebeliones: su término: parte que tuvo en ellas la Francia.—Viaje de Felipe á Inglaterra.—Su recibimiento.—Sus bodas.—Felipe rey de Nápoles y de Inglaterra.—Política de Felipe con los ingleses.—Muerte de doña Juana (la Loca), madre de Carlos V.—Resuelve el emperador retirarse á España.—Llama á su hijo Felipe para renunciar en él los estados de Flandes.—Ceremonia solemne de la abdicacion en Bruselas.—Discursos notables.—Reconocimiento y jura de Felipe.—Renuncia Carlos en su hijo los reinos de España.—Proclamacion de Felipe II en Valladolid.—Odio del papa Paulo IV á Felipe II.—Intenta despojarle del reino de Nápoles.—Guerra que le mueve.—Templada conducta de Felipe con el papa.—Durísima y muy notable carta del duque de Alba, virey de Nápoles, al pontífice.—Obstinacion de Paulo.—Entra el duque de Alba con ejército en los Estados pontificios.—Amenazan los españoles á Roma.—Consternacion de la ciudad.—Tregua entre Felipe II y el papa.—Renuncia Carlos V el gobierno y administracion del imperio en su hermano Fernando.—Determina encerrarse en el monasterio de Yuste.—Situacion del monasterio.—Venida del emperador á España.—Desembarca en Laredo.—Curiosos pormenores de su viaje.—Entrada de Carlos V en el monasterio de Yuste.

Aunque Felipe había traído tan amplios y plenos poderes como hemos visto para la gobernacion de estos reinos, las pragmáticas, ordenanzas y provisiones sobre negocios graves seguían expidiéndose por el emperador, y encabezándose con los nombres de don Carlos y doña Juana. Así lo fué la convocatoria á cortes generales de los tres reinos de Aragon, Cataluña y Valencia que despachó al año siguiente (30 de marzo, 1552) para la villa de Monzon. El objeto de estas cortes, que presidió el príncipe regente, era, como el de casi todas las de aquel tiempo, la exposicion de los gastos y la petición del servicio. Así lo manifestó el príncipe en la proposicion ó discurso que á su nombre leyó el protonotario en la sesion de apertura (5 de julio), reducido á hacer una compendiosa narracion de las guerras que el emperador su padre había sostenido en Alemania, en Italia y en Francia, y las que había mantenido para librar las costas de Italia y España de la armada turca conducida por Sinan y Dragut, á ponderar los gastos que así estas guerras como la celebracion del concilio le habían ocasionado, y á pedir un servicio considerable con que pudiese subvenir á tantas atenciones.

Sirvieron, pues, estas cortes al emperador con doscientas mil libras jaquesas en los mismos términos y plazos que las anteriores de 1547, y votaron como entonces, libre y espontáneamente, un donativo de veintidos mil libras para el príncipe regente. Fuéronle además facilitadas este año al emperador de todas partes crecidas sumas de dinero, y solo el arzobispo de Zaragoza, don Fernando de Aragon, le dió particularmente diez mil ducados (5). Mas ni estos esfuerzos del reino, ni las remesas de oro que venían de Indias, alcanzaban á cubrir los inmensos gastos que tantas y tan frecuentes y generales guerras ocasionaban, y la nacion se empobrecia y el emperador no dejaba nunca de estar empeñado.

Trataba ya Carlos de casar otra vez á su hijo. Inclinábase Felipe á la infanta doña María de Portugal, hija del rey don Manuel y hermana de la emperatriz su madre. Mas como este matrimonio no se efectuase á causa del inmediato deudo que entre los dos había, se pensó en otro de mas importancia para el engrandecimiento de Castilla, en el de María de Inglaterra, heredera de la corona de Eduardo VI. Este casamiento no podía ser sino puramente político y de cálculo, porque ni la edad de la princesa, que frisaba ya en los treinta y ocho años, cuando Felipe no había cumplido aun los veintisiete, ni su carácter y figura la hacían á propósito para inspirar una pasion amorosa. Pero Carlos en los últimos años de su imperio no

(5) Coleccion de Cortes, Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Ponzano, Anales de Aragon, lib. III, cap. 6.

trono imperial, por mas que á ello le instara la reina de Hungría, que con solo ese objeto había ido á Augsburgo, sino tambien en los alemanes mismos. Fernando había vivido mucho tiempo entre ellos y procurado acomodarse á sus costumbres. Su hijo Maximiliano había nacido en el país, adornábase excelentes prendas, amábase los naturales, y era ya rey de Bohemia (1). Por tanto, á pesar de los recursos que con habilidad y destreza empleó el emperador en favor de su hijo, para que al menos se le nombrase coadjutor del imperio y sucesor de su tío, á todo halló resistencia, y tuvo que desistir, no obstante su firmeza y constancia para llevar adelante un propósito. Lo que hizo fué despertar los recelos de los alemanes, y hacer á Fernando mas cauto y vigilante para procurar irse captando la voluntad de los electores.

Frustrado este designio y terminada la Dieta, tuvo por conveniente que el príncipe su hijo volviese á España, donde tambien tenía que venir Maximiliano, rey de Bohemia, para llevarse á su reino la princesa doña María su esposa (2). Nombró otra vez á Felipe regente y gobernador de los reinos de Castilla y Aragon; y esta vez quiso que viniese revestido con amplísimos poderes, que le otorgó en la misma ciudad de Augsburgo (23 de junio, 1551) para la administracion y gobernacion de ellos, con facultad de hacer todo lo que él mismo hacer pudiera si se hallase presente, hasta con poder especial para empeñar y vender rentas y derechos de la corona y patrimonio real, vasallos, jurisdicciones, villas y lugares de sus reinos y señorios; mandando que le reverenciasen, respeten y obedezcan como á su propia persona, y como si fuese rey absoluto, dando á este poder la misma fuerza que si hubiese sido otorgado en cortes generales (3).

Provisto de tan amplísimos poderes, partió Felipe de Augsburgo y viniendo á Mantua, Milan y Génova, desembarcó felizmente en Barcelona (12 de julio, 1551). Su primer cuidado fué hacerse reconocer en Navarra, donde no lo había sido todavía, y los navarros le juraron sin dificultad en Tudela por su príncipe y señor natural. Tras él había venido Maximiliano, rey de Bohemia, el cual no hizo sino recoger á doña María, hermana de Felipe, su esposa, y llevársela consigo á su reino (4).

En este mismo año se realizó tambien el deseo que el emperador había manifestado de casar su segunda hija doña Juana con el príncipe don Juan de Portugal. Esta princesa, á quien veremos despues rigiendo la Castilla, fué solemnemente recibida en aquel reino por el duque de Abeyro y el obispo de Coimbra.

Los acontecimientos de que había sido teatro la Europa y que retenían en Flandes y en Alemania á Carlos V, principal protagonista y alma de todas aquellas escenas durante la infancia y juventud de su hijo Felipe, los dejamos referidos en los capítulos anteriores, y no hay sino cotejar las fechas para ver lo que en cada periodo de su edad acontecía en el mundo. En el capítulo siguiente consideraremos ya al príncipe Felipe rigiendo con plenos poderes la España, hasta que por abdicacion de su padre le sucedió como rey en todos sus Estados hereditarios.

(1) En Valladolid, hallándose de regente y gobernador de España, recibió la nueva (1549) de que los bohemios, faltando voluntariamente á su privilegio y costumbre de elegir soberano, le habían jurado por rey y declarado el trono hereditario en su familia: con cuyo motivo había pasado otra vez de España á Alemania, y su presencia en la Dieta fué un nuevo obstáculo á los designios del emperador.

(2) Esta señora había dado á luz en Cigales, pueblo de Castilla la Vieja, á la infanta doña Ana (1549), que despues fué reina de España y madre de Felipe III.

(3) Cabrera, Hist. de Felipe II, lib. I, cap. III.—Sandoval, l. XXXI.

(4) Para poder hacer este viaje la reina de Bohemia doña María hija del emperador, tuvo que pedir prestados al arzobispo de Zaragoza don Fernando de Aragon cinco mil ducados, que él le facilitó con mucha complacencia y sin premio é interés alguno.—Ponzano, Anal. de Aragon, libro III, cap. IX.

pensaba más que en el acrecentamiento de sus Estados y en el engrandecimiento de su hijo; y Felipe, que tampoco carecía de ambición, no dudó sacrificar los afectos de hombre á los cálculos de rey (1553); y llamarse rey de Inglaterra y unir este reino á tantos otros como estaba llamado á heredar era cosa que lisonjaba grandemente al padre y al hijo (1). Halagaba á María la idea de tener un marido joven, heredero de tan grandes Estados, y descendiente de su misma familia de España; y el catolicismo de Felipe y su devoción que para otras era un defecto, era para María, católica y devota como él, una recomendación y un aliciente. Así, cuando á la muerte de su hermano Eduardo heredó el trono de Inglaterra, á las embajadas é instancias que con este motivo se apresuró á enviarle y hacerle Carlos V contestó la reina María muy favorablemente, y mostrándole en ello la mayor satisfacción, en términos de ajustarse muy pronto las capitulaciones, y escribir á Felipe, tanto los encargados de negociar el contrato como el emperador su padre (enero, 1554), que viese de acelerar todo lo posible su ida á Inglaterra (2).

Los principales capítulos del tratado de matrimonio eran: que Felipe tendría solo el título de rey de Inglaterra mientras viviese la reina María; pero que ella gobernaría como propietaria el reino, y dispondría de las rentas, oficios y beneficios; que los hijos de aquel matrimonio heredarían los Estados de su madre y tendrían los ducados de Flandes y Borgoña, y si moría sin sucesión, el príncipe Carlos, hijo único de Felipe, sucedería también en los Estados hereditarios de España y en todos los demás de su padre y abuelo; que Felipe juraría no hacer variación en las constituciones del reino inglés, ni admitir á su servicio sino vasallos de la reina, ni introducir extranjeros que pudieran alarmar á la nación, ni la reina se obligaría á sostener guerra alguna entre Francia y España; que en caso de morir la reina sin sucesión, pasaría el trono de Inglaterra á su sucesor legítimo, sin que Felipe reclamara ningún derecho á él (3).

Pero el pueblo inglés estaba muy lejos de mirar y recibir este matrimonio con el gusto que su reina. Además del recelo de caer bajo la dominación de un extranjero, todo lo temía de la ambición de Carlos y del carácter despegado y adusto de Felipe; veía riesgos para su independencia y libertad, y no era lo que menos contribuía á la aversión del pueblo el conocimiento de los principios que profesaba en materias religiosas el príncipe español. Carlos y Felipe sabían por sus embajadores el espíritu hostil de los ingleses, y ya recelaban algún movimiento. Por lo mismo el emperador procuró establecer las condiciones matrimoniales que menos los pudieran inquietar. Pero era tal la prevención de los ingleses, que cuanto más ventajosos aparecían á primera vista los artículos, tanto más sospechaban la intención de eludirlos y quebrantarlos una vez realizado el enlace. Como al propio tiempo no faltaba en Inglaterra quien quisiera disputar el trono á la reina doña María, y hubiera también un partido grande de descontentos por el designio que á la reina se atribuía de abolir el culto protestante y restablecer el católico, aprovecharon unos y otros el disgusto del pueblo para promover disturbios y rebeliones armadas, que el rey de Francia y los franceses, enemigos y envidiosos de aquel matrimonio, no se descuidaban en fomentar, como claramente se vió por cartas descifradas que se cogieron al embajador francés, de todo lo cual tenían avisos puntuales el emperador y su hijo (4).

(1) Dícese que era tanto el interés de Carlos V en no perder aquella buena ocasión de acrecentar su poder, que si el hijo no hubiera condescendido en aquel enlace, estaba resuelto él mismo, á pesar de sus años y sus achaques, á ofrecer su propia mano á la reina de Inglaterra. Robertson, Hist. de Carlos V, lib. XI.—Watson, Hist. de Felipe II, lib. I.

(2) Carta del conde de Egmont al príncipe Felipe, de Londres, 7 de enero de 1551.—Carta del mismo al príncipe avisándole estar concluido el tratado é insistiendo en que apresure su ida. Londres, 21 de enero.—Cartas del emperador á su hijo, informándole del recibimiento que habían tenido en Inglaterra sus embajadores, y encargándole que aprestase la armada y partiese cuanto antes. De Bruselas, á 21 de enero de 1554.—Archivo de Simancas, Estado, Correspondencia de Inglaterra, leg. número 808.

(3) Rymer, Fœdera, t. XV.—Ribier, Memoir, t. II.

(4) Carta del embajador Simon Renard á Carlos V, á 1.º de febrero

de 1554.—Id. del secretario Erasmo al príncipe Felipe, de Bruselas, á 3 de febrero de id.—Archivo de Simancas, Estado, Correspondencia de Inglaterra, legajo 808.

Todo el conato de estos era desbaratar las inteligencias de los franceses con los sublevados de Inglaterra, y atraer á los ingleses enemigos del matrimonio, empleando para ello promesas de dinero y aun dádivas. «Y todavía no dejeis, le decía Felipe al embajador Renard, según que S. M. os lo ha ordenado y yo os escribí, de hacer los ofrecimientos que os pareciere á los que viereis algo dudosos y no bien inclinados á este negocio.» Preveníanse de buena armada para resistir á la que los franceses preparaban para impedir su desembarco, y aunque Felipe pensaba llevar hasta tres mil personas de su casa y corte, con más seis mil hombres para seguridad de la armada, «sin la gente mareante,» hacia que se escribiese á Inglaterra que no llevaría sino los que no pudiera excusar para su servicio, «porque allá tomaré, decía, de los naturales de aquel reino, para que entiendan que me he de servir y confiar de ellos y hacellos merced como si fuera nacido su natural, y que podrán ver la confianza que yo tengo de ellos en irme á meter en el reino y en su poder sin más compañía que la dicha (5).»

Afortunadamente para los proyectos del emperador, las rebeliones y turbulencias promovidas por el caballero Tomás Wyatt y por los parientes de Juana Grey fueron sofocadas sin otro resultado que pagar los promovedores su atentado en un patíbulo, inclusa la misma Juana, á quien no libraron del suplicio sus diez y siete años; recluir en una torre y tener bajo estrecha custodia y vigilancia á Isabel, hermana de María y cómplice en aquellas turbulencias, afianzar la autoridad de la reina, y concluir por hacer al parlamento aprobar su matrimonio (6). Con esto, y con saber que la reina de Inglaterra estaba cada vez más decidida y deseaba cada día más la realización de su casamiento, aprestó Felipe la armada y preparó su viaje con arreglo á las instrucciones del emperador, que le prevenía entre otras cosas, el puerto donde había de darse á la vela y donde debería desembarcar, la gente de servicio que había de llevar consigo, juntamente con otras advertencias sobre el modo como se había de presentar y manejar en el país (7). Vino á Valladolid el conde de Egmont (mayo), con despachos de haberse celebrado por poderes el desposorio, y con noticia de la impaciencia con que la reina aguardaba al príncipe, de todo lo cual avisó Felipe por cartas á las ciudades y grandes del reino, así como de haber sido llamada de Portugal la serenisi-

de 1554.—Id. del secretario Erasmo al príncipe Felipe, de Bruselas, á 3 de febrero de id.—Archivo de Simancas, Estado, Correspondencia de Inglaterra, legajo 808.

(5) Carta de Felipe al embajador Renard.—Papel escrito de su mano sobre lo que debía escribirse á Inglaterra.—Archivo de Simancas, ubi sup.—Colección de documentos inéditos, tom. III.

(6) Carta del embajador de Inglaterra á Carlos V dándole cuenta de todo, y manifestándole la parte que había tenido en que se hiciese justicia severa en los culpables.—Del mismo á Felipe, comunicándole los castigos de los conjurados, y exhortándole á que aprestara una armada á causa de los designios de los franceses. De Londres, á 19 de febrero.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 808.

(7) Papeles de Estado del cardenal Granvela, tomo IV. Instructions données à Philippe sur la conduite qu'il devra tenir en Angleterre.—El emperador á Su Alteza en 27 de marzo: Original. Archivo de Simancas, Estado, leg. 808.

Son sumamente curiosas algunas de las advertencias de esta instrucción. «Item, conviene que al entrar S. A. en este reino acaricie á toda la nobleza... que se deje ver con frecuencia del pueblo; que demuestre no querer apoderarse de la administración...»

«Item, convendrá hacer alguna demostración con el pueblo, haciéndole esperar benignidad, justicia y libertad.»

«Item, mediante que S. A. no sabe el idioma inglés, convendrá que escoja un truchimán, que podrá ser alguno de los ayudados de cámara, para hablar con él, y por fuerza aprenderá algunas palabras inglesas para saludar...»

«Item, no conviene en manera alguna que S. A. permita que vayan damas de España por ahora, hasta que se tome determinación en vista de cómo pasan las cosas.»

«Item, no conviene que desembarquen soldados de los navíos, para evitar las sospechas que promueven los franceses de que S. A. quiere conquistar por la fuerza el reino.»

«Item, que los nobles lleven sus armas so color de la guerra que hay entre el emperador y el rey de Francia.»

«Item, que S. A. al desembarcar esté armado ocultamente.»

«Item, que los navíos estén á la inmediación de los puertos.»



pensaba mas que en el acrecentamiento de sus Estados y en el engrandecimiento de su hijo; y Felipe, que tampoco carecia

de un hombre a su lado y unir este heredar era cosa... (1). Halagaba... heredero de tan... misma familia de Es... y en devoción que para otras... católica y devota como él, una... Así, cuando á la muerte de su... heredó el trono de Inglaterra, á las... que con este motivo se apresuró á... de Carlos V contentó la reina María muy favorable... y mostrando en ello la mayor satisfacción, en términos... y mostrando en ello la mayor satisfacción, en términos... y mostrando en ello la mayor satisfacción, en términos... y mostrando en ello la mayor satisfacción, en términos... y mostrando en ello la mayor satisfacción, en términos...

Todo el conato de estos era desbaratar las inteligencias de los franceses con los sublevados de Inglaterra, y atraer á los ingleses enemigos del matrimonio, empleando para ello promesas de dinero y aun dádivas. «Y todavía no dejes, le decia Felipe al embajador Renard, segun que S. M. os lo ha ordenado y yo os escribi de haber los ofrecimientos que os pareciere á los que muestra algo dudoso y no bien inclinados á este negocio: y prometiendo de buena armada para resistir á la que los franceses preparaban para impedir su desembarco, y aunque no podian llevar hasta tres mil personas de su casa y de las de los otros seis mil hombres para seguridad de la armada... hacia que se escribiese á Inglaterra... llevaria sino los que no pudiera excusar para su... allá tomaré de mí de los naturales de aquel... que entiendan que me he de servir y confiar de ellos merced como si fuera nacido su natural, y que por la confianza que yo tengo de ellos en irme á... el reino... para los proyectos del emperador, las... promovidas por el caballero Tomás Wyatt... sin otro... en un patibulo... del suplicio sus... y complice... la reina, y... (2).



MARIA TUDOR

1515

+ 1558 +